

La retórica contingente indica que, nuevamente, la arquitectura cambiará o al menos debe hacerlo. Cada circunstancia histórica debe traer, como consecuencia, una crisis y transformación de la disciplina. En paralelo, las construcciones comunes, de absoluta ubicuidad e incómoda persistencia, mantienen trazas casi inmutables sobreviviendo sin grandes correcciones a los golpes de desastres naturales, guerras, revoluciones, revueltas sociales, políticas y pandemias, construyendo una historia, más lenta aún, que la historia de la arquitectura.

El presente número de la revista ha interrumpido la revisión singular de obras firmadas para alejarse de lo particular y enfocarse en la construcción común, en cuanto ordinaria y habitual, así como también referida a una construcción cultural colectiva que nos pertenece a todas y todos.

A partir de una serie de ejemplos que intuitivamente se han ordenado, se quiere dar cuenta de cómo cada obra responde de manera particular a una problemática local, desde una lógica universal.

La arquitectura es parte de la cultura, se construye pensando, desde lógicas tan primitivas como el ensayo y error. Estas construcciones dan cuenta de una gestión intuitiva del conocimiento universal a escala global. Obras abiertas que se adecúan, corrigen, actualizan, como modelos y prototipos vivos, que podemos encontrar por casi todas partes, desde el campo a la ciudad.

Podrían ser estas u otras, da casi lo mismo, estas se han escogido desde el cuidado de las fotografías, ya que en una obra podemos encontrar a todas las demás y todas son una sola construcción común. Han estado desde siempre o, al menos, son el principio, perduran y, probablemente, lo seguirán haciendo. De manera cíclica, volveremos sobre ellas desde la disciplina, constituyendo esta historia paralela.

A propósito de estas obras, erigidas en anonimato, podemos dar cuenta de cómo la arquitectura se levanta sin aspiraciones. Desde el desprejuicio intelectual y material se construye lo suficiente con la tecnología adecuada y los medios pertinentes que se tienen a disposición. La distancia entre la construcción y su representación no existe, la obra es en sí misma la representación de su proyecto. Da cuenta del carácter infraestructural inherente a la arquitectura, ese que permite que suceda la vida tal como tenga que ser.

En medio de la incertidumbre, quizás estas obras nos dan un poco de calma.